

# 17 Obispos detenidos

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**L**A noticia de estos obispos latinoamericanos detenidos en Ecuador, ha llamado la atención del mundo entero, pero sin el apasionamiento que hace unos años hubiera producido un hecho así.

Independientemente del signo que tuviera esta reunión eclesial, el hecho —lo ocurrido y la reacción de la gente— es de por sí significativo de un cambio en el mundo, después de tantos siglos de clericalismo y anticlericalismo, como dos fuerzas violentas y antagónicas que se echan en cara un poco históricamente sus respectivas posturas.

Repaso la memoria y no recuerdo ningún caso análogo en la historia del catolicismo, en que un grupo tan numeroso de obispos conocidos haya sido detenido por las autoridades civiles. Y que, además, después de esta detención, no haya habido las usuales campañas populares en defensa de una u otra de las posturas antagónicas que este hecho revela: la clerical o la anticlerical.

Probablemente, es el primer caso masivo que se da de detención de obispos en la historia de la Iglesia Católica. Hasta ahora —y muy particularmente en los últimos tiempos— se detenía a un clérigo o a un seglar caracterizado por sus opiniones sociales o políticas abiertas, pero nunca se solía hacer esto con un obispo, y menos con una colección de ellos. Hasta ahora, resultaba impensable que se pudiera detener en globo a todo un conjunto tan numeroso de preladados católicos.

Y, sin embargo, esto ha ocurrido.

Por eso es necesario un análisis objetivo, aunque sea somero, de estas reacciones y de estas actitudes que antes merecían un calificativo duro de repulsa y que ahora la gente, el pueblo, ve un poco como si no fueran con él.

Por supuesto que todos los gobiernos dictatoriales, o proclives a la dictadura, justifican sus decisiones contra los demás hablando siempre de subversión, rebelión y desorden. Y en el caso de conflicto eclesial se parte de una curiosa inconsecuencia. Generalmente estos países intentan una alianza híbrida entre religión y política, con la pretensión de que lo religioso sirva de apoyo eficaz del orden político que quieren implantar estos gobiernos. Pero cuando la religión se muestra independiente de ataduras estatales, se proclama inmediatamente a bombo y platillo que la Iglesia está haciendo política y no debía hacerla dada su alta misión.

O sea, que cuando la política de la Iglesia es favorable a un régimen político de fuerza, su apoyo a la política imperante se dice que no produce confusión

política-religiosa, ni que la Iglesia hace política, como ocurrió durante el franquismo nuestro. Pero cuando la postura de los jerarcas eclesialísticos no coincide con tal política, entonces se dice que sí hace política la Iglesia.

Extraña medida para juzgar los hechos que se parecen mucho a la famosa ley del embudo: lo ancho para mí, y lo estrecho para los demás.

Es verdad que en Riobamba se habían reunido algunos obispos y teólogos más o menos progresistas. No hay más que recordar los nombres de algunos de ellos: el discutido mejicano monseñor Méndez Arceo, que en el Concilio se hizo defensor de las ideas de Freud, de la supresión de la anacrónica ley canónica, del ayuno y la abstinencia, y de la aceptación de la regulación responsable de la natalidad; el brasileño monseñor Fragozo, hombre todavía más comprometido en lo social que el propio Helder Cámara; y el español, afincado en el Brasil, monseñor Casaldáliga, bien aireado por las revistas católicas progresistas por sus actitudes sociales críticas y comprometidas. Y entre los teólogos estaban el belga padre Comblin, promotor de la teología de la revolución, y el latinoamericano padre Gustavo Gutiérrez, pionero de la teología de la liberación. Y, a la cabeza de todos ellos, el obispo que era el alma de aquella reunión, el ecuatoriano monseñor Proaño, conocido también por sus aperturas sociales.

Pero no se trataba, ni mucho menos, de una reunión subversiva, era algo mucho más modesto y sin pretensiones: se trataba de una reunión pastoral para intercambiar opiniones y experiencias sobre el problema religioso y social en América Latina. Tan poco subversiva, que el Papa ha recibido con complacencia una carta de los diecisiete obispos, en la que renuevan su adhesión a Pablo VI y le recuerdan haber seguido sumisamente todas las exigencias eclesialísticas al uso, como fue la información previa del acto a la Santa Sede y la aprobación por el Consejo Episcopal Latinoamericano. En una palabra: la tónica de la reunión era moderadamente progresista nada más. Los reunidos en Riobamba ni eran comunistas ni guerrilleros, ni había ningún obispo que se pudiera calificar de rojo. Por si fuera poco, estas reuniones se celebraban todos los años en un país o en otro, y este año le tocaba al Ecuador. Y no había ni más novedad ni más misterio del que se había producido en ocasiones anteriores, que no levantaban ninguna polvareda incluso en gobiernos bastante derechistas.

Pero el triunvirato que rige los destinos del Ecuador, "cada vez se orienta más a la derecha y pierde el apoyo de la izquierda", como comenta el enviado del periódico católico La Croix. Gobierno que ha ido depurando la Policía de los elementos más progresivos en estos últimos tiempos, estrechando así cada vez más sus puntos de vista. Por ese motivo hay que pensar que les molestaba profundamente esta reunión eclesial, que no iba en el sentido social hacia el que se orienta la política ecuatoriana del citado triunvirato, y que lo hace no siempre sin dificultades.

Después de este acontecimiento, se me ocurre un comentario doble: los gobiernos que tienden hacia la dictadura derechista, querrían seguir manteniendo el apoyo de la religión, pero cuando no lo consiguen ya no tienen inconveniente —como ocurría antes— en oponerse a sus representantes más avanzados, porque saben que el pueblo es cada vez más indiferente hacia la Iglesia-institución. Lo que antes, por ejemplo, en nuestro país dividía a los ciudadanos en dos Españas; hoy, una de éstas —la nacional católica— pierde fuerza y efectividad haciéndose cada vez una minoría más pequeña llamada a desaparecer. Y cosa relativamente parecida ocurre en otros países de tradición católica.

Estas lamentables detenciones tienen, sin embargo, un aspecto positivo: el de despertar nuestra reflexión para ver las cosas bajo un prisma más realista. Antes se pensaba —en América y en España— en la Iglesia progresista como una esperanza para conseguir el cambio social y político. Pero ni la Iglesia es tan avanzada como a veces parece, ni su impronta social es ya tan importante. Y eso lo saben los gobiernos derechistas, y por eso se permiten actitudes que antes no osaban adoptar, como ocurrió en el último período franquista en nuestro país.

Y a los propios obispos, además, les habrá venido bien este ejercicio de humildad, porque se han visto tratados por primera vez igual que tantos miles y miles de ciudadanos que han sufrido los embates y las injusticias de la derecha dictatorial durante años y años. De esta manera descenderán de su alto pedestal para considerarse al mismo nivel que cualquier otro ser humano. ■